

Excerpt of paper presented at the 8th Undergraduate Research Symposium on Latin America and the Caribbean at the University of Pittsburgh on March 16, 2012

Género y violencia en la construcción del sicario:
el caso de Colombia (1990-2000)

A partir de los años setenta, una oleada de literatura fascinante salió en el mercado latinoamericano – literatura de “la novela sicaresca”. Estos libros, principalmente novelas y testimonios, tratan el tema de la violencia; en sus paginas, los autores reproducen los horrores, las venganzas, los asesinatos y los conflictos que han atravesado la sociedad latinoamericana durante las últimas décadas. Presentan a protagonistas extraordinarios : son niños que trabajaban como asesinos a sueldo. Reclutados normalmente por los carteles y las bandas más importantes de Medellín, Colombia, estos personajes delincuentes – que se llaman sicarios – representan la criminalidad juvenil que ha aparecido en la sociedad latinoamericana a fines del siglo XX. Sin embargo, las normas y las costumbres de estos jóvenes revelan una manifestación muy particular de la masculinidad en la cultura sicaresca. Utilizando tres de estas obras de la literatura – la novela, *Sangre ajena*, el libro, *Born to die in Medellín* y, la película, *La virgen de los sicarios* – este estudio analiza los estereotipos y las practicas del género masculino en la cultura sicaresca de Medellín, Colombia y examina el impacto que tiene la sociedad en la creación de su masculinidad.

La construcción del género masculino

Antes de comenzar un análisis profundo de estos asesinos masculinos, hay que comprender el concepto y el proceso de la creación del género. Judith Butler, una filósofa estadounidense, en su libro *Gender trouble*, presenta a la idea de “*performativity*” en que sostiene que la definición, la construcción y la manifestación del género es un efecto de las influencias de las instituciones, de las prácticas y de los discursos de la cultura en que el sujeto reside (Butler, xxix). Según ella, el género es una reflexión en el cuerpo de los significados y de las realidades culturales y, por eso, es también una entidad maleable e inconstante (10). Por lo tanto, el concepto de la masculinidad y las representaciones del género masculino en los hombres dependen esencialmente de su contexto cultural.

Existe también la noción recurrente a través de las culturas de que la hombría *real* no es una condición natural o biológica, sino más bien un estado precario o artificial al que los hombres tienen que llegar (11). Distinto a las mujeres, que definen su llegada a la feminidad por la primera menstruación, un fenómeno biológico, los hombres deben ganarse su masculinidad. Cada cultura fabrica entonces su propio umbral que los hombres deben atravesar para llegar a la hombría. Este umbral consiste normalmente de una serie de ritos de pasaje, de pruebas y de confrontaciones que les dan su derecho de ser hombre y lo llevan de la juventud a la madurez. Además, el hombre tiene que seguir practicando las costumbres y las normas del género masculino para mantener su masculinidad a través de la vida (12).

El sujeto: un sicario

Los sicarios, los sujetos masculinos de este estudio del género masculino, normalmente eran jóvenes de nueve a dieciocho años que crecen en los barrios y las comunas marginales del contexto urbano de, en nuestro caso, Medellín, Colombia. Generalmente, venían de familias muy pobres y deshechas que sufrían a causa de su situación económica y social. Estos adolescentes, que luchaban como estudiantes, normalmente no llegaron a terminar su educación y eran, entonces, forzados a “venderse” para ganar un sueldo. Entonces, los duros – los jefes de un cartel o una banda – encontraron a estos niños, los contrataron y los sometieron a un entrenamiento muy difícil. Después, fueron/eran empleados por el grupo en cuestión como asesinos a sueldo; ellos trabajaban matando y realizando los actos violentos y delictivos para los narcotraficantes o los jefes de otros carteles y bandas importantes del país. Sin embargo, como laboraban en un ambiente lleno de violencia, de hostilidad y de venganza, las vidas de estos jóvenes eran comúnmente muy intensas pero muy breves. A causa de la violencia de esta cultura y la naturaleza de su trabajo particular, estos adolescentes revelan una manifestación muy distinta del género masculino. Entonces, para realizar el análisis del hombre en la cultura sicarésca, examiné las representaciones y las significaciones de los actos violentos, del aspecto físico, del consumo de droga y de la sexualidad de estos sicarios. Hoy, solamente voy a leer la sección que considera la importancia de los actos de violencia en la vida de estos jóvenes.

La violencia

La violencia define la vida de estos adolescentes. Ya que la pobreza, las drogas, las peleas y los asesinatos llenan las calles de sus barrios, los jóvenes crecen en un ambiente de peligro. Después, cuando comienzan su carrera como sicario, se convierten en especialistas de esta brutalidad y delincuencia. Por lo tanto, en la cultura sicarresca, como su posibilidad de sobrevivir es más probable si son violentos y brutales, la agresión es una especie de “valor admirado” del hombre modelo. En consecuencia, las pruebas que señalan los rasgos violentos de estos jóvenes son claves en la construcción y la demostración de su masculinidad. Entonces, uno de los ritos de pasaje más importantes de un sicario es su primer asesinato.

Cuando mataba por primera vez, ellos eran reconocidos como sicarios auténticos y, por eso, se identificaban como verdaderos hombres. Ramón Chatarra, el protagonista del libro *Sangre ajena* de Arturo Alape, relata su primer asesinato con detalle impresionante; describe minuciosamente los hechos del asesinato y sus emociones irrefrenables a través del evento. Pero antes de que se pueda sentir culpable, la admiración de los otros sicarios le dan la aprobación que necesita; en este momento, es reconocido como un sicario auténtico y, entonces, un verdadero hombre por los otros (Alape 111). Asimismo, Nuzbel, un asesino en la misma novela describe el umbral así : “... el primer muerto que uno se carga, ese muerto nunca se olvida porque ese muerto lo afianza a uno en el oficio” (Alape 112). Así que, se puede ver que, en esta subcultura, después de haber matado a un hombre, uno deja de ser niño y llega a la hombría.

El primer asesinato provoca la pérdida no solamente de la inocencia de estos adolescentes sino también de su empatía. Es decir, después de haber matado una vez, pueden seguir matando sin remordimientos. Un narrador del libro *Born to die in Medellín* cuenta,

“I’ll never forget the first time I had to kill someone. I had already shot a few people, but I’d never seen death close up... I emptied my revolver into him. He was stone dead. That was tough...but after that it got easy. You learn to kill without it disturbing your sleep ” (Salazar 13).

Además, explica que estos chicos “become such hoodlums that they see killing as a sport, not a business... Killing becoming a routine” (66). Vemos que el tipo de la masculinidad de un sicario exige también que estos hombres sean entumecidos y que carezcan de remordimiento. Gracias a los testimonios, se puede distinguir entonces que el primer asesinato es un momento fundamental en la vida de un sicario. Después, son reconocidos como “verdaderos” por los otros y llegan a una etapa importante de la masculinidad donde pierden su capacidades emocionales.

Conclusiones

Como Medellín era la ciudad más peligrosa del mundo, sus habitantes poseen una actitud muy apática hacia la vida y hacia la muerte (Salazar 4). En la subcultura de violencia de esta ciudad, donde residen los sicarios, la perspectiva convencional es que la vida es desechable. Ya que saben pueden morir en cualquier momento, se comportan de una manera muy distinta. Por lo tanto, la construcción y la definición de la masculinidad y las practicas del género masculino de la cultura sicaresca son muy particulares. Gracias a tres obras de la literatura de la novela sicaresca, se puede ver ejemplos de esta manifestación interesante del género masculino en esta subcultura.

Los protagonistas de estas obras – los sicarios – son hombres contruidos por una combinación de elementos del machismo tradicional y de las influencias de la cultura violenta que inundaban la ciudad de Medellín (Bernal 69). Estos adolescentes reflejan la cultura en que residen; Según Horst Nitschack son “representantes, cuyas biografías están íntimamente relacionadas con las experiencias extremas de violencia civil y política, de pobreza y ... de exclusión social y aislamiento dentro de la sociedad latinoamericana” (Nitschack 312). Es decir, estos niños son las victimas de los conflictos políticos, de la crisis económica, de la ausencia del Estado y del caos social que han plagado el país a lo largo del siglo XX. Las características, las costumbres y las normas de estos niños asesinos son entonces manifestaciones de la miseria y de la violencia que existen en sus realidades cotidianas. No tienen la posibilidad de salir de esta realidad, no tienen un futuro y no tienen esperanza; su única opción es luchar para sobrevivir o morirse en el intento.